

# ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

Tomo II



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS  
MADRID, 1967

## S U M A R I O

### EL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

*Páginas*

Patronato. Junta Directiva ... ..	9
Miembros honorarios y numerarios ... ..	10
Reglamento ... ..	11
Actividades del Instituto durante el año 1966, por <i>Francisco Arquero Soria</i> ... ..	17
Apuntes para una futura bibliografía del Instituto (Continuación), por <i>Mercedes Agulló y Cobo</i> ... ..	25

### ESTUDIOS

La Dehesa de Amanuel o de la Villa, por <i>Agustín Gómez Iglesias</i> ... ..	33
Orígenes de la Archicofradía Sacramental de San Isidro e introducción a sus corridas de toros en los siglos XVIII y XIX, por <i>Baltasar Cuartero y Huerta</i> ... ..	83
Origen de San Sebastián de los Reyes y Torrejón de la Calzada, por <i>Emilio Meneses García</i> ... ..	99
Los castillos de Manzanares el Real y Buitrago, por <i>Angel Dotor</i> ... ..	125
La Cofradía Sacramental en la tierra de Buitrago, desde el siglo XVI, por <i>Matías Fernández García</i> ... ..	137
Algunos aspectos del Madrid de Felipe II (Segunda parte), por <i>José Antonio Martínez Bara</i> ... ..	159
Dos manuscritos referentes a la historia de Madrid, por <i>Francisco Aguilar Piñal</i> ... ..	171
Noticias de impresores y libreros madrileños de los siglos XVI y XVII (Continuación), por <i>Mercedes Agulló y Cobo</i> ... ..	175
El Colegio de Doña María de Aragón y un retablo del Greco en Madrid, por <i>Florentino Zamora Lucas</i> ... ..	215
El Sotillo de Madrid, allende el río, por <i>Federico Romero</i> ... ..	241
Las Ferias de Madrid en la Literatura, por <i>José Simón Díaz</i> ... ..	249
Notas geográfico-históricas de pueblos de la actual provincia de Madrid en el siglo XVIII, por <i>Fernando Jiménez de Gregorio</i> ... ..	275
Un madrileño prefolklorista y un nuevo método de Música, por <i>Nicolás Álvarez Solar-Quintes</i> ... ..	291
El P. Feijoo y Madrid, por <i>Antonio Castillo de Lucas</i> ... ..	303

Dos madrileñizados músicos del siglo XVIII: Luigi Boccherini y Gaetano Brunetti, por <i>José Subird</i> ... ..	323
Dos vistas de Madrid en 1837, por <i>Enrique Pardo Canalls</i> ... ..	333
De Ricardo de la Vega a Tamayo y Baus (Dos madrileños y una carta, inédita, en verso), por <i>Ramón Esquer Torres</i> ... ..	339
El rey José I y las plazas de Santa Ana y de San Miguel, por <i>José Antonio Martínez Bara</i> ... ..	345
El teatro de Carlos Arniches, por <i>Manfred Lentzen</i> ... ..	357
La Gran Vía de José Antonio. Datos sobre su historia y construcciones, por <i>José del Corral</i> ... ..	369
Labor cultural bibliotecaria de la Diputación Provincial de Madrid, por <i>M.º del Rosario Bienes Gómez-Aragón</i> ... ..	391
Producción y eliminación de residuos urbanos en Madrid, por <i>Jesús García Siso</i> ... ..	399
El «Centro de Estudios Sociales de la Santa Cruz del Valle de los Caídos», por <i>M. B. V.</i> ... ..	407

#### MEMORIAS Y RECUERDOS

La entrada en Madrid de un futuro Cronista de la Villa, por <i>Francisco Serrano Anguita</i> ... ..	413
---	-----

#### SEMINARIO DE TOPONIMIA URBANA

Nota sobre la creación del Seminario ... ..	425
El disparadero disparatero del callejero madrileño, por <i>Federico Carlos Sainz de Robles</i> ... ..	427
Rotulación de calles y numeración de casas madrileñas (1750-1840), por <i>Trinidad Moreno Valcárcel</i> ... ..	439
El uso de los patronímicos en los nombres de las calles de Madrid, por <i>Carmen Rubio Pardos</i> ... ..	451
Juan Alvarez Gato y su calle, por <i>M.º del Carmen Pescador del Hoyo</i> ... ..	465

#### MATERIALES DE TRABAJO

Diálogos de Chindulza (Fragmentos sobre Madrid). Edición de <i>Francisco Aguilar Piñal</i> ... ..	483
Artículos y poesías de tema madrileño en revistas de los años 1830 a 1900, por <i>José Simón Díaz</i> ... ..	507
Nómina de escritores naturales de Madrid y su provincia (siglos XIX-XX), por <i>Félix Herrero</i> ... ..	541

\*\*\*

Relación de colaboradores ... ..	593
----------------------------------	-----

## EL SOTILLO DE MADRID, ALLENDE EL RIO

Por FEDERICO ROMERO

Cualquier madrileño bien leído a quien le preguntemos sobre la situación exacta del Sotillo de Madrid, tan aludido por nuestros clásicos, nos dará la misma respuesta: entre la puerta de Toledo y el portillo de Embajadores. Lo escribió Fernández de los Ríos en una nota del callejero incluso en su excelente *Guía* y, desde entonces, los cronistas se van cediendo esta puntuación errónea, a mi juicio, según testimonios literarios muy fehacientes <sup>1</sup>.

Situémonos en el siglo xvii, la época brillante del Sotillo, donde se festejaba el 1.º de mayo a Santiago el Verde y, en sus días y octavas, a San Juan y San Pedro. Ciertamente era *Soto de Madrid* toda la arboleda que marginaba al río en las dos riberas de su curso, aguas abajo del puente de Segovia. Antes, se hallaban, a la orilla derecha, los sotos del Corregidor y de Migas Calientes; a la izquierda, la Florida, el Parque de Palacio y el Campo de la Tela. Después, pasado el río, el Soto de Madrid cedía turno al de Luzón, frente a la desembocadura del Abroñigal; a esta otra parte, quedaba inscrita en el Soto de Madrid la Dehesa de la Arganzuela, quizá disminuido su destino boyal. Pero es forzoso distinguir al gran Soto del malfamado Sotillo, porción de aquél y lugar de galantes aventuras, peligrosos devaneos y deshonestos extravíos, según malas lenguas y buenas plumas.

Para mí no hay duda de que el Sotillo de las celebraciones festeras y las amorosas citas estaba enclavado en la margen derecha del Manzanares. La

---

<sup>1</sup> También Fernández de los Ríos, por otra parte eminente escritor madrileñista, concluye sus referencias del Sotillo, después de copiar unos párrafos de Zabaleta, diciendo que a la fiesta de Santiago el Verde se la llamaba «del Trapillo». La una se celebraba el 1.º de mayo y la otra el 25 de abril, día de San Marcos y en el camino de Fuencarral, no en el Sotillo. El propio Zabaleta lo explica.

admitida localización entre la puerta de Toledo y el portillo de Embajadores, espacio que justamente correspondía a la Dehesa de la Arganzuela, dimana de haberse interpretado a la ligera y con viciosas deducciones el capítulo dedicado a Santiago el Verde en el clásico librito *El día de Fiesta (por la tarde)*, del costumbrista o censor de costumbres don Juan de Zabaleta. Describe éste la ida de los romeros hacia las puertas de Atocha y Valencia e informa que el Sotillo dista de la Villa más de un cuarto de legua, por cualquiera de sus salidas, noticia asombrosa si consideramos las puertas y los portillos de Alcalá, Recoletos, Santa Bárbara, Bilbao, Fuencarral, Conde Duque y San Bernardino. Sin duda el escritor habitaba en el sureste de la población y advertía el caminar de sus convecinos, en busca de la más próxima salida hacia el río, desentendiéndose de las que apuntaban a los puentes de Toledo y de Segovia, el primero de los cuales, en la época, no podía ser atravesado por los coches, elementos indispensables para damas y tusonas el día de Santiago el Verde. Leamos a Lope:

La puente a quien da nombre y señorío  
la ciudad imperial, honor de España,  
en madera gastada, al viejo río  
sólo sirve de báculo de caña.

Consignemos que Zabaleta no fija la situación del Sotillo.

El propio Lope de Vega nos va a suministrar diversas probanzas de la certeza de nuestra tesis y fue él quien nos inspiró el rastreo para llegar a conclusiones indudables.

No en el clásico día de San Felipe y Santiago el Menor sino en las octavas de San Juan, discurren las escenas V a XI de la comedia titulada *¿De cuándo acá nos vino?* en las orillas del Manzanares, pero los personajes precisan por tres veces que se hallan en el Soto. (Bueno es notar que los poetas denominan Soto al Sotillo cuando la buena medida del verso o la consonancia les apremian.) Sugiere Lope, ya que no puntualiza con tanta fijeza, en el diálogo, como en su obra *Santiago el Verde*, que la acción ocurre en la orilla derecha del río. Así exclama don Octavio:

Advertid  
que el coche que en esta orilla  
toma puerto es ella. ¡Ay cielos!

Y corrobora su criado, Merlín:

Que desembarca, recelo,  
aquella hermosa esclavilla  
por quien ando embelesado.

No era pertinente que el coche de la dama tomara puerto «en esta orilla», si antes no transitaba por la otra. Y bien sabía Lope, cuando decía algo, lo que pretendía decir.

El galán don Octavio, comprobado que quien desembarca —nueva expresión sugeridora de la travesía acuática— es la esperada musa de sus pensamientos, declama entusiasmado:

¿No veis  
en esta dichosa orilla,  
en esta verde ribera,  
todo un Ovidio de ninfas  
haciendo perlas las linfas  
del agua que, lisonjera,  
*baña las ruedas del coche*  
ya que no puede sus pies?

Dos rutas existían para llegar al Sotillo en coche: el puente de Segovia y el cruce del río. El embajador alemán Rhebner daba la preferencia al Manzanares, entre los ríos de Europa —con irónica entonación—, por ser navegable en coche y a caballo.

Don Luis de Góngora, en el soneto dedicado «a la puente segoviana, que está sobre el río Manzanares», duelese de la viudez de aquélla, «cuyos ojos están llorando arena» por el río.

De estangurria murio; no hay castellana  
lavandera que no llore de pena  
y Fulano Sotillo se condena,  
de olmos negros, a loba luterana.

Denota, a mi entender, que era usada la puente para caminar hacia el Sotillo.

No era la exigencia del coche en las fiestas y merendolas del Sotillo una simple costumbre tradicional y caprichuda, sino una necesidad, bien para el rodeo por el puente de Segovia, bien para atravesar el Manzanares. Se procuraba evitar aquel gran rodeo no tan sólo por las gentes sin coche.

¿No ves, entre estos espinos  
cubiertos de blancas flores,  
tanta alfombra de colores  
vistiendo rudos pollinos  
que ayer, en las aguaderas,  
traían agua y *hoy pasan*  
ninfas de Madrid que abrasan  
las aguas de sus riberas?

Y he aquí otros versos probatorios de que la distancia al Sotillo era grande, si se tomaba la vuelta del puente, o dificultada por la corriente del río, inconvenientes ambos que justificaban la siguiente oferta:

Si queréis algún caballo  
para ir al Soto, jornada,  
a caballo, breve y corta,  
a pie, polvorosa y larga...

Pertenecen ambos ejemplos a la comedia lopiana *Santiago el Verde*, cuya segunda jornada sucede en el Sotillo, teatro de la fiesta, y que luego nos prestará claros testimonios. Recordemos antes otros textos del Fénix bien significativos. De *La Dorotea*:

El Manzanares... Más vale una noche suya de San Juan entre verbenas, álamos y mastranzos que los días que dices de barcos enramados (en Sevilla). Demás que, si por el Betis vienen barcos de plata a la Torre del Oro, por Manzanares vienen coches de perlas y diamantes en mil hermosas damas, adonde para cuanto crían las Indias.

En *La malcasada*, acto 1.º, escena VIII, lee Lucrecia:

Mañana estará mi coche a tu puerta para que te vayas al Soto y en él tendrán mis criados con qué meriendes.

*Las bizarrías de Belisa*, cuyas escenas VII a XIII de la primera jornada ocurren en el Soto de Manzanares, nada aportan en apoyo de mi opinión, a rigor de los coloquios, pero sí interpretando ciertas manifestaciones y suponiendo que el tal Soto es el Sotillo, ya que la acción de esas escenas debe de desarrollarse el día de Santiago el Verde —repitamos que el 1.º de mayo—, pues el criado Tello exclama:

¿Cuándo abril se fue lloviendo  
tantas rosas, tantas flores?

Completemos el examen de la comedia *Santiago el Verde*. Todos los costumbristas y entremesistas clásicos, sin excepción, puntualizan que la romería se celebraba en el Sotillo, en torno a la ermita de San Felipe y Santiago, y, arruinado el modesto recinto sacro, la fiesta devota degeneró en profana diversión un tanto escandalosa.

No vayas, Gil, al Sotillo,  
que yo sé  
quien novio al Sotillo fue,  
que volvió hecho novillo,

reza el malicioso estribillo de don Luis de Góngora.

Pues bien: Lope de Vega, cuya presencia en la romería debemos suponer sin remilgos, dado su talante jaranero, siempre alude al Soto, sin diminutivo, por la causa que antes apuntamos y porque, en realidad, el uno era parte del otro. Pero nos avisa con evidencia que el festejo cundía allende el río. Sobre sus indicaciones antes recogidas, veamos las que siguen.

El caballero don García aguarda impaciente que aparezcan Celia y sus acompañantes. Así dialogan él y su confidente:

LUCINDO. Debe de hacer hora y media  
que por la puente venían.  
D. GARCÍA. Pues ¿adónde se os perdieron?  
LUCINDO. Es tanta la cantidad  
de coches, que una ciudad  
el campo y el Soto hicieron.

A continuación, este Lucindo nos aporta una buena probanza de que el Sotillo, aunque nombrado aquí Soto, se encuentra más allá del río.

Suele el Soto y vega llana  
Manzanares dividir,  
como va Guadalquivir  
entre Sevilla y Triana.

La vega llana no era otra que la Dehesa de la Arganzuela y el verbo dividir vale aquí separar, en una interpretación correcta de la estrofa.

La impaciencia del galán, bien informado de que la esperada Celia ha sido vista en la puente segoviana, única viable para los coches, hace hora y media, no soporta la tardanza y dice:

Pedro es ido a ver,  
en la voz de mi deseo,  
si el coche ha pasado el río  
y desotra parte está.

«Desotra parte», la contraria al Sotillo, puesto que en él se está como comprobaremos más adelante.

Hanse ido unos músicos que arrastran a la gente tras sí, quedan solos en la espera don García y Lucindo. Este, después de aludir a los pollinos de los aguadores que en este día señalado pasan a las ninfas, insiste:

¿No ves convertido en lago  
a Manzanares crüel  
de los que pasan por él  
y tanto macho y cuartago  
que con el árbol de Alcides  
les hacen frenos y riendas?



(Notoria alusión a la abundancia de olmos en el Sotillo, con espesura que entorpece el tránsito de las caballerías y, en cambio, favorece a los amantes ocultos en el paraje boscoso.)

¿Y no ves tantas meriendas  
en esas zarzas y vides,  
tanta guitarra y pandero,  
tanto sombrerillo y pluma,  
tanto amante?

A lo que el enamorado don García responde:

Digo en suma  
que, no viendo el bien que espero,  
todo cuanto miro aquí,  
que en esta alegre ribera  
celebra la primavera,  
es infierno para mí.

Algo prolijas son estas alegaciones, pero, relacionadas entre sí, queda ya de manifiesto que los dos personajes se encuentran en pleno lugar de la romería y que éste se halla al lado opuesto del río con relación a la ciudad. Sin embargo, veamos la prueba definitiva. Tras las escenas VII a XXVI de la segunda jornada de *Santiago el Verde*, todas las cuales ocurren sin interrupción en el Sotillo, se vuelve Celia a Madrid con su rival Teodora, su propio hermano Lisardo y un don Rodrigo con quien Lisardo pretende casar a Celia, recién herida de los celos que, por añagaza, le fingió don García:

LUCINDO. ¿Qué aguardas?

D. GARCÍA. Sólo que entren  
en el coche, para ver  
si va dentro el novio.

LUCINDO. Advierte  
que ya le toma la mano.

D. GARCÍA. Vengarse, Lucindo, quiere,  
como ha visto que la miro.

LUCINDO. Pues finge que no lo sientes.

D. GARCÍA. ¡Los favores que le hace!  
*¡Plegue al Cielo que te anegues,  
coche, al entrar en el río!*

PEDRO. Dicho y hecho.

D. GARCÍA. Recogedme,  
*aguas, que a librarla voy. (Vase a ello.)*

PEDRO. Echóse al agua.

LUCINDO. Ya quiere  
*salir con Celia a la orilla.*

Y, en efecto, reaparece en escena con la dama en brazos, recibe parabienes y gracias, se da a conocer como sastre, sin serlo, con la esperanza de introducirse en la casa de Celia, intriga que favorece la invitación instantánea —¡prodigio de la musa de Lope, hada madrina!— formulada por el prometido ingenuo de la damita.

Hasta aquí, los testimonios del Fénix.

Muy curioso y extraño me parece que ciertos cronistas —Fernández de los Ríos, Répide, Velasco Zazo—, después de fijar al Sotillo aquende el Manzanares, hacia donde se extiende la Dehesa de la Arganzuela, felizmente recuperada hoy por la Villa, reproduzcan —el primero, íntegra; los dos últimos, incompleta— una preciosa canción de Pedro de Vargas que es también un gran estribo de mi opinión, contraria a la de ellos.

¡Qué bien bailan las serranas,  
día de Santiago el Verde,  
en el Val de Manzanares  
cuando el sol claro amanece!

*Dejan el Sotillo todas*  
llevando sobre las frentes  
guirnaldas entretejidas  
de rosas y de claveles.

Con gran fiesta y regocijo,  
*hacia la villa se vuelven,*  
*por la puente segoviana,*  
cantando de aquesta suerte:

«No me los ame nadie  
a los mis amores ¡eh!,  
no me los ame nadie  
que yo me los amaré.»

Si a la Villa se vuelven por la puente segoviana, ¿cómo habían bailado durante la fiesta, en el Sotillo, entre la puerta de Toledo y el portillo de Embajadores?

Todo lo que antecede, quizá demasiado profuso, forma una serie confirmatoria de la noticia exacta, ceñida, puntual de un testigo de mayor excepción: Jerónimo de Quintana. En sus días, estaba en pie y en funciones la ermita de San Felipe y Santiago, cuya festividad litúrgica abría la temporada primaveral del Sotillo, considerado como escenario verbenero. No así en los años —treinta después— del moralista don Juan de Zabaleta (1660), quien describe en *El día de Fiesta (por la tarde)* su imagen del Sotillo:

Unos árboles, ni muchos ni galanes ni grandes; más parecen enfermedad del sitio que amenidad influida. Humedece este sitio, dividido en islas, Manzanares, poco más que si señalaran la tierra con el dedo mojado en saliva.

Y hablando de la romería:

¡Oh inaudita devoción de la Corte! Hacer peregrinación gustosa a venerar las señales de unas paredes que fueron santas. De cuantos bajan al Sotillo, no debe haber tres que sepan que hubo en él tales paredes.

Quintana en su *Historia de la Antigüedad, Nobleza y Grandeza de la Villa de Madrid* (1629), escribe sobre las salidas al campo (capítulo LVII del libro tercero):

A la ermita de San Blas, camino de Atocha; a la de San Marcos, en el de Fuen-carral, y a la del Angel de la Guarda *en la otra parte del río*; en sus días, se despuebla la Corte, y en el de San Felipe y Santiago, a la ermita de este santo, media legua del lugar el río abajo, *que por la grande frescura y amenidad de sotos por donde se va a ella la llaman comúnmente de Santiago el Verde*. Es innumerable el concurso, así de señores como de oficiales, que la frecuentan con más regocijo que devoción.

La mención de la ermita de Santiago el Menor a seguido de la dedicada al Santo Angel hace sospechar que, como esta última, se halla la anterior a la otra parte del río. La sospecha se convierte en certidumbre cuando el licenciado Quintana, en el párrafo postrero del mismo capítulo, alude a las quintas, huertas y jardines de particulares, «que son sin número», cita a una cuantas y, entre ellas, a

la de los Clérigos Menores, *de la otra parte del río, camino de Santiago el Verde...*

Entiendo —y esto es ya conjetura que mentes mejor documentadas podrían confirmar o desmentir— que el Sotillo de Madrid propiamente dicho se dilataba frente a la Dehesa de la Arganzuela y, claro está, allende el río.